Sede Apostólica
Consejo Pontificio para los Laicos
Stanisław Ryłko, Cardenal-Presidente

Conferencia

Congreso Nacional de Apostolado Seglar 2004 - Madrid

El laicado europeo, situación y perspectivas

14 de noviembre de 2004

---

1. Al finalizar este Congreso del apostolado de los laicos resulta ineludible lanzar una mirada sobre Europa. Los cambios epocales que están marcando la idiosincrasia de nuestro continente exigen que la presencia de los cristianos sobrepase los confines de sus respectivos países, y que su testimonio y su empeño se difundan hasta que su voz resuene en el inmenso areópago de la Europa de hoy. Un espacio repleto de desafíos, como veremos. Precisamente, entre las responsabilidades mayores que afronta el laicado europeo —del que esta relación tratará de describir la situación y las perspectivas— destaca la responsabilidad de ejercer la ciudadanía europea, especificada por la conciencia de la propia identidad de bautizados.

Empezamos pues por trazar un retrato de nuestro continente. ¿Cómo es, qué es la Europa de nuestros días? ¿Cuáles son sus rasgos característicos? La Europa de hoy presenta caras diferentes y bajo algunos aspectos contradictorias. Está la Europa de las grandes ilusiones y las grandes esperanzas de progreso, de libertad y democracia, de bienestar, de solidaridad y de paz. En una palabra, la Europa soñada por sus fundadores como casa común de los pueblos europeos desde el Atlántico hasta los Urales. Y está la otra Europa, la que engendra preocupación y fuerte perplejidad[1]. Es la Europa de los *nuevos muros divisorios*

[...]. ¡Ten seguridad! ¡El Evangelio de la esperanza no defrauda!»[5]. Nace de aquí el motivo que tanto preocupa al Papa y a toda la Iglesia por la omisión de esa referencia a las raíces cristianas en el Tratado constitucional europeo, firmado en Roma el 29 de octubre pasado, porque: «*¡Una sociedad que olvida su pasado está expuesta al riesgo de no ser capaz de afrontar su presente y, peor aún, de llegar a ser víctima de su futuro!*»[6].

Al finalizar los trabajos del Congreso del apostolado de los laicos, el horizonte que se abre ante vosotros es precisamente éste: Europa como tierra de misión. La nueva evangelización de nuestro continente es una tarea urgente, que debe correr a cargo de los mismos cristianos europeos. Cada uno de ellos debe sentirse interpelado *hic et nunc*, aquí y ahora. El dramatismo de los tiempos, debe hacer subir a los labios de cada uno las palabras del viejo proverbio: «*¿Si yo no, quién en mi lugar? ¿Si ahora no, cuándo?*». Escribe el Papa en la *Christifideles laici*: «*Nuevas situaciones, tanto eclesiales, como sociales, económicas, políticas y culturales, reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos. Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. A nadie le es lícito permanecer ocioso*»[7].

2. Sobre el fondo de la Europa de nuestros días, tratemos ahora de delinear otro retrato, el retrato del cristiano laico que tanto la Iglesia en Europa como la misma Europa necesitan con extrema urgencia. ¿Cuáles son los rasgos que deberían caracterizarlo? En mi opinión, son tres los rasgos fundamentales. El primero es una identidad clara y firme. El intento de neutralizar la presencia cristiana en el mundo de hoy pasa por la propuesta de modelos de vida que siembran confusión y extravío también entre los discípulos de Cristo. En muchos la cultura del pensamiento débil genera personalidades frágiles, fragmentadas, incoherentes. El dogma del ”políticamente correcto” se convierte en un imperativo absoluto, que contradiciéndose a sí mismo, alimenta un peligroso proceso de homologación. Y, a pesar de sus continuas llamadas a la tolerancia, de hecho no tolera la más mínima diversidad. En la actual sociedad pluralista toda expresión explícita de la propia identidad cristiana viene etiquetada como fundamentalismo o integrismo. Por ello, la fe se convierte en un hecho rigurosamente confinado a la esfera de la vida privada.

cosa. La santidad es sólo un «*”alto grado” de la vida cristiana ordinaria*»[11]. Ciertamente, vivir hasta el fondo la propia vocación cristiana no es fácil: requiere la capacidad de elecciones radicales y requiere a menudo el coraje de ir contracorriente y el empeño en una lucha permanente contra la mediocridad que siempre nos acecha. Pero merece la pena apostar por esta aventura espiritual que, única en su género, no decepciona. Ser cristiano significa ser portadores en el mundo de una energía divina asombrosa. No sin motivo, san León Magno exhortaba: «*¡Reconoce, oh cristiano, tu dignidad!*» (*Sermo* XXI, 3). No sin motivo, durante el Jubileo del apostolado de los laicos del año 2000 el Papa decía: «*Si sois lo que debéis ser, es decir, si vivís el cristianismo sin componendas, podréis incendiar el mundo*»[12]. No necesitamos otra cosa...

3. Volvamos a nuestro retrato del cristiano laico. La segunda peculiaridad que debería caracterizarlo —estrechamente unida a la anterior— es la audacia de una presencia visible e incisiva en la sociedad; la audacia de ser verdaderamente ”levadura evangélica”, ”sal y luz” del mundo. En no pocos países europeos, incluso en aquellos de antigua tradición cristiana, nosotros los cristianos estamos convirtiéndonos en una minoría. Pero un conocido escritor católico italiano advierte que no es este nuestro verdadero problema. Nuestro verdadero problema, dice Vittorio Messori, no es ser minoritarios sino haber llegado a ser marginales, irrelevantes. La sal en las comidas es minoritaria, pero da sabor; la levadura en la masa es minoritaria, pero hace fermentar. Por falta de coraje y por nuestra mediocridad, nosotros los cristianos llegamos a ser cada día más insignificantes e inútiles: una sal que ya no da sabor, una levadura que no fermenta, una luz apagada[13]. Cristo sigue diciendo a cada generación de cristianos, y por tanto también a la nuestra: «*Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? [...] Vosotros sois la luz del mundo [...] Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*» (Mt 5,13-16). Pero un conformismo seductor, dictado por la cultura dominante, nos ha domesticado y nos hemos vuelto sosos, apagados, invisibles. Hoy se podría incluso llegar a afirmar que esta irrelevancia es la condición *sine qua non* para que la sociedad soporte la presencia de los católicos en la vida pública y política. Así, el ejercicio de la tolerancia, principio portaestandarte del mundo ”políticamente correcto”, está también regulado por pesos y medidas diferentes. A este propósito escribe el cardenal Joseph Ratzinger: «*Pienso que podría*

ción” en el mundo. Desgraciadamente, hoy, aumenta el número de los cristianos que viven por así decir un cristianismo ”anagráfico” o condicional y limitativo. Son aquellos cuyo nombre duerme en el registro de los bautizados y basta. Y son aquellos que a menudo escuchamos decir: «*Soy católico, pero...*», «*Soy creyente, pero...*». Frecuentemente nosotros los cristianos corremos tras los dictados de la cultura dominante, imitando los discursos de este mundo y olvidando quiénes somos. Varias veces, en los últimos tiempos el Papa ha vuelto a animar los católicos a participar activamente en la vida pública de sus propios países, aportando el empuje profético del Evangelio y toda su frescura creativa. Los cristianos pueden ser los artífices del proyecto de un mundo que corresponda verdaderamente a la dignidad de la persona humana y a su vocación trascendente. Y pueden ser verdaderos ”pioneros” de la modernidad[16]. Es importante que conozcan la doctrina social de la Iglesia y se inspiren constantemente en sus principios porque, como ha escrito Juan Pablo II: «*Para la Iglesia enseñar y difundir la doctrina social pertenece a su misión evangelizadora y forma parte esencial del mensaje cristiano*»[17]. En este sentido, la reciente publicación del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia[18] es una importante ayuda tanto para los Pastores como para los fieles laicos.

En este inicio de milenio, los cristianos debemos despertarnos del letargo de la superficialidad, de la distracción y de la indiferencia. Debemos contemplar el coraje de los confesores de la fe. Debemos recuperar la certeza de la fe en Jesucristo. Un coraje y una certeza basadas en la promesa del Señor: «*He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28,20).

4. La tercera y última peculiaridad del retrato del cristiano laico que estamos delineando es el sentido de la pertenencia eclesial. ¿Por qué es esta característica tan importante? La vida moderna nos hace experimentar y, a veces, nos impone compromisos de todo tipo, connotados por la parcialidad, la superficialidad, y no raramente antitéticos. El resultado son los casos cada vez más frecuentes de fragmentación, e incluso de desintegración de las personalidades y de crisis dramáticas de identidad. El hombre de hoy, obligado a jugar muchos papeles diferentes y a menudo incompatibles, al final se desorienta y no sabe ya quién es. Este riesgo lo corren también aquellos cristianos a quienes falta un punto firme de referencia, el sentido de una pertenencia fuerte y ”totalizante”, capaz de unificar todas las dimensiones de la vida y de darle un sentido completo. Uno de los desafíos que la sociedad posmoderna

dad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conocedoras de su propia identidad bautismal, de su propia vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y he aquí ahora, los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales. Ellos son una respuesta suscitada por el Espíritu Santo a este dramático desafío del fin del milenio. ¡Ellos son, vosotros sois, esta respuesta providencial!»[23]. Aquí merece la pena destacar como gran parte de los nuevos movimientos eclesiásticos han nacido precisamente en Europa, signo evidente de la vitalidad de la Iglesia en nuestro continente. Las asociaciones, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son verdaderos ”laboratorios de la fe”, escuelas de santidad y de comunión, escuelas de fuerte pertenencia eclesial, es decir de una pertenencia que marca la vida.

5. El retrato del laico cristiano europeo que hemos intentado trazar no es un ideal inalcanzable o una utopía. En nuestra vieja Europa hay muchos cristianos que han propuesto como programa de sus vidas estas prerrogativas apenas bosquejadas y son por ello felices. Ciertamente, ¡se necesitan muchos más! «*¡La mies es mucha y los obreros pocos! Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies*» (Mt 9,38). Europa tiene necesidad de muchos y auténticos confesores de la fe.

Cuando se habla de confesores de la fe, el pensamiento vuela espontáneamente a tantos mártires que con su sangre han dado particular fecundidad espiritual al anuncio cristiano también en el continente europeo: «*La sangre de los mártires es la semilla de los confesores*», dice Tertuliano[24]. Juan Pablo II nos lo ha recordado con ocasión del Gran Jubileo del año 2000: «*En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, casi* militi ignoti *de la gran causa de Dios. [...] no debe perderse en la Iglesia su testimonio*»[25]. Pensamos en las listas de víctimas causadas por las persecuciones religiosas perpetradas en el siglo veinte por las inhumanas ideologías ateas del comunismo y el nazismo, tanto en el Este como en el Oeste. Y pensamos en los mártires de esta tierra de España. Debemos recordarlos. Y debemos medirnos con su ejemplo, aunque no sea fácil. Porque los mártires de ayer interpelan nuestro modo de ser cristianos hoy; quizás demasiado cómodo, demasiado diluido, demasiado condescendiente con las tendencias de la modernidad. Ellos nos interpelan sobre el uso que hacemos del don de la libertad. «*Semilla de confesores*», los mártires son en la Iglesia un manantial vivo de renacimiento espiritual y «*la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza*»[26].

[2] Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, 9.

[3] A. Panebianco, *Europa, giudizi e pregiudizi*, *Corriere della Sera*, 16-10-2004, 1. El mismo autor añade: «*La prueba definitiva de la raigambre de este prejuicio anticristiano mayoritario ha sido el rechazo de introducir una referencia a las raíces cristianas en el preámbulo de identidad del Tratado constitucional europeo. [...] En nombre de sus (nuevos) prejuicios, Europa ha llegado al colmo de borrar una historia bimilenaria y de fingirse nacida ayer (con la Ilustración y la Revolución francesa). Sin comprender que renegar de la propia historia conlleva el rechazo de su identidad creíble. La laicidad de las instituciones europeas no habría sido comprometida por aquella referencia, y en cambio habría sido respetada la verdad histórica, sin la cual nunca se puede aspirar a una identidad seria*»

[4] Juan Pablo II, Acto europeísta en Santiago de Compostela (1982).

[5] *Ecclesia in Europa*, 120-121.

[6] Juan Pablo II, Discurso a los participantes en el seminario organizado por la fundación Robert Schuman para la cooperación de los demócratas cristianos de Europa (7-11-2003), 2.

[7] Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, 3.

[8] Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 15.

[9] Ibíd., 29.

[19] Catecismo de la Iglesia Católica, 181.

[20] Cf. *Christifideles laici*, 29.

[21] *Ecclesia in Europa*, 15.

[22] Juan Pablo II, Discurso a los participantes en la IX Asamblea nacional de la Acción Católica Italiana (26-4-2002), 4.

[23] Juan Pablo II, Discurso con motivo del Encuentro de los Movimientos eclesiales y de las nuevas Comunidades (30-5-1998): *L'Osservatore Romano* (1/2-6-1998), 6.

[24] «*Sanguis martyrum, semen christianorum*» (Apologeticum, 50, 13: CCL I, 171).

[25] Juan Pablo II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 37.

[26] *Ecclesia in Europa*, 13.

[27] Ibíd., 45.

[28] *Novo millenio ineunte*, 58.